

¿IDEÓLOGOS, SOCIÓLOGOS, POLÍTICOS? ACERCA DEL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DE LOS PROCESOS SOCIALES Y POLÍTICOS EN AMÉRICA LATINA

FRANCISCO ZAPATA

CONSTRUIR UN DEBATE ENTRE PERSPECTIVAS teóricas opuestas o complementarias es un trabajo importante, más aún en las ciencias sociales, donde el avance científico depende mucho de la riqueza analítica y menos de la presencia de consensos paradigmáticos. Cuando dicho debate se organiza a partir de los diversos análisis sociológicos de los procesos sociales y políticos inducidos por la aplicación de los modelos como el de la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones, los regímenes militares de los años setenta o por las nuevas democracias surgidas después de la crisis de dichas dictaduras, se entra a un terreno inexplorado, en el que la confrontación entre perspectivas analíticas se hace indispensable.

Puntualizar cuáles fueron los puntos centrales de aquellos análisis y buscar cómo articularlos dentro de la tradición sociológica latinoamericana no es un desafío nuevo. Sin embargo, vale la pena, de vez en cuando, ensayar una recapitulación que, a partir de los esfuerzos ya realizados, ponga al día la discusión. De eso trata este trabajo.

Los intentos se inician, quizás, desde los años setenta en adelante, con el libro que escribieron Aldo Solari y Rolando Franco,¹ y en el que presentaron las principales contribuciones latinoamericanas al estudio del continente. También Abelardo Villegas,² Joseph Kahl —en las entre-

¹ *Teoría, acción social y desarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1976.

² Véase *Reforma y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 1982.

vistas realizadas con Gino Germani, Pablo González Casanova y Fernando Henrique Cardoso—,³ y Heinz Sonntag⁴ participaron de dicho intento de reconstrucción crítica del análisis realizado por latinoamericanos acerca de América Latina. Más recientemente, Jaime Osorio⁵ reincide en este intento con la realización de reflexiones críticas acerca de cada uno de esos tipos de análisis.

Los textos mencionados se refieren esencialmente a perspectivas que han interpretado los procesos de desarrollo ocurridos en América Latina desde el siglo pasado hasta épocas recientes: algunas de las perspectivas que forman parte del debate son el desarrollismo, las teorías de la modernización y de la dependencia, los esfuerzos por interpretar el carácter de las dictaduras militares y, por último, el análisis de las “nuevas democracias”. A partir de una breve presentación de cada una de estas perspectivas buscaremos dar continuidad a un debate que hasta ahora ha sido más bien escolar.

DESARROLLISMO Y TEORÍA DE LA DEPENDENCIA

El desarrollismo y la teoría de la modernización, por un lado, y la teoría de la dependencia, por otro, con sus respectivas variantes, constituyen dos enfoques que son centrales en la caracterización del periodo de la industrialización por sustitución de importaciones y del populismo. El primero, asociado a la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y a los textos de Gino Germani y de José Medina Echavarría,⁶ se identifica con un análisis en el que la valoración de la nación como espacios económico, social y político, es central. Se trata de una visión de la realidad latinoamericana que busca privilegiar lo específico y, a partir de esa especificidad, que puede traducirse como defensa

³ Véase *Tres sociólogos latinoamericanos*, México, ENEP-Acatlán, 1987.

⁴ En *Duda, certeza, crisis: la evolución de las ciencias sociales de América Latina*, Caracas, UNESCO/Nueva Sociedad, 1988. El autor de este artículo también se inscribe en este esfuerzo con su libro *Ideología y política en América Latina*, México, El Colegio de México, 1990.

⁵ *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, México, Triana, 1995.

⁶ Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, y José Medina Echavarría, *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo de América Latina*, San José, Universitaria Centroamericana, Colección Aula, 1976.

de los recursos naturales,⁷ de las identidades culturales, del pluralismo étnico, ver cómo fortalecer las tendencias del cambio de la sociedad tradicional a la sociedad moderna. En el desarrollismo se plasma la versión latinoamericana de la modernidad.

Es un discurso y una práctica cuyos efectos han sido denigrados y satanizados al punto que creo que es indispensable poner las cosas en su lugar: en efecto, el proceso de industrialización por sustitución de importaciones, anclado en la perspectiva económica de Keynes y referencia central de los enfoques de la CEPAL y del desarrollismo, en comparación con el neoliberalismo en boga basado en la teoría de Milton Friedman, tuvo dos tipos de impacto que no deben olvidarse, especialmente si se consideran las políticas que se están poniendo en práctica actualmente. Por un lado, la inversión pública y privada en la industria manufacturera, en la construcción de siderúrgicas, plantas de generación termo e hidroeléctrica, sistemas de irrigación, carreteras, aeropuertos, centros de procesamiento de productos agropecuarios, construcción de vivienda popular, escuelas, hospitales, etc., dio lugar a tasas de crecimiento promedio del producto interno bruto (1945-1975) equivalentes al doble (6%) de lo que han sido (3%) en los últimos quince años (1980-1994).

Por otro lado, dicho modelo de industrialización impulsó procesos masivos de movilidad social mediante las educaciones primaria, secundaria y universitaria, gracias a las cuales surgieron nuevos grupos sociales identificados con las denominadas clases medias; desencadenó la migración del campo a las ciudades de vastas masas de población que se incorporaron a la economía monetaria como obreros(as) asalariados, empleados(as) de cuello blanco en la burocracia pública y en las empresas privadas, como empleadas domésticas, y realizando otras actividades urbanas; permitió la liquidación de la dominación oligárquica en el campo, y contribuyó decisivamente a la consolidación de nuestros estados nacionales. Es indudable que a la vez creó desigualdades de clase y desequilibrios importantes en la distribución del poder, así como formas perversas de dominación política pero, hasta lo que va de la aplicación del modelo neoliberal, la política de la industrialización sustitutiva se lleva el partido.

En la crítica que la teoría de la dependencia realizó al desarrollismo, cuya versión más sistemática está contenida en las primeras páginas

⁷ El artículo 27 de la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos representa la traducción política de esa postura y es premonitorio de lo que serán las políticas de desarrollo de la industrialización sustitutiva en los años treinta y cuarenta de este siglo.

del libro de Cardoso-Faletto,⁸ el punto central es la cuestión de los bloqueos al desarrollo nacional. Para los dependentistas es indispensable ampliar el horizonte analítico e incluir el problema de la dominación imperialista en el diagnóstico de los problemas del continente. También hay que enfocar los nacionales a partir de una referencia a los textos clásicos de Marx, en especial a la conceptualización de las clases sociales. Los dependentistas plantearon críticas al desarrollismo más por sus insuficiencias que porque creyeran que estuviera justificando políticas erróneas.

En efecto, en el momento que escriben los dependentistas (1965-1972), la política de industrialización por sustitución de importaciones experimenta bloqueos que impiden su profundización. Para los dependentistas dichos bloqueos están identificados: son las relaciones centro-periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la inversión extranjera interesada en extraer productos minerales y agrícolas sin dejar una base productiva que permita construir un sistema de producción autónomo. Por lo cual, los dependentistas no contradicen la política desarrollista sino que pretenden profundizarla tomando en cuenta factores como los mencionados.

Existen algunos matices sobre las relaciones entre estos enfoques que es importante mencionar en el contexto del debate planteado. Primero, el desarrollismo no se identifica necesariamente con lo que se comprende como modelo de industrialización por sustitución de importaciones. Es decir, hay una distancia entre la concepción de la CEPAL y la reflexión de Germani, y entre el pensamiento de éste y el de Medina Echavarría. En efecto, cada uno de los planteamientos del primer enfoque contiene elementos específicos que impiden identificarlos. El modelo de la CEPAL, como desarrollismo, fue más lejos que la teoría de la modernización en lo que se refiere a la propuesta económica, porque incluyó aspectos que estaban ausentes en ella como la estrecha relación entre economía, sociedad y política que se observa en los casos de Brasil y México, e incluso fue en la CEPAL, en donde se elaboró la conceptualización centro-periferia que después adoptaron los dependentistas. Por su parte, la teoría de la modernización, al enfatizar en los aspectos socioculturales del cambio social y las dimensiones psicosociales del mismo, contribuyó a pensar en el desarrollo como algo que también tenía que ver con individuos, con actores sociales concretos. En este sentido, si bien ambos planteamientos toman como referencia el periodo de la indus-

⁸ *Dependencia y desarrollo*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

trialización sustitutiva, difieren en el énfasis que ponen en el periodo en cuestión.

Segundo, en el rastreo de los antecedentes de la teoría de la dependencia aparece la mención a lo que ha dado en llamarse el marxismo latinoamericano. En esta filiación ideológica el lugar de José Carlos Mariátegui es central. En efecto, el texto fundador de dicha filiación continúa siendo los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* publicado en Lima en 1928. La idea de la articulación entre modos de producción y la del impacto de la relación de dependencia sobre la estructura social receptora son parte del primero de dichos ensayos. La herencia intelectual de Mariátegui ha sido dejada a un lado por muchos que, aun cuando reivindican el marxismo, no reconocen la existencia de pensadores como él o de agitadores como Recabarren, Mella, Palacios y otros que, sin tener una gran formación teórica, dejaron profunda huella en los movimientos sociales que tuvieron lugar en América Latina durante las primeras dos décadas del siglo xx.⁹

Tercero, sostener la idea de que el desarrollo avanza por etapas –precapitalismo, industrialización sustitutiva, capitalismo avanzado, socialismo–, que está latente tanto en el desarrollismo como en el marxismo ortodoxo y que es un problema en los textos analizados, no significa asumir como dogma que todos los países deben necesariamente recorrer las mismas etapas en su proceso de desarrollo, con base sobre todo en lo que planteó Rostow: dicha premisa es simplemente el supuesto sobre el que descansan las alianzas de clase que se estructuraron alrededor del modelo del desarrollo de la industrialización sustitutiva. De manera que la cuestión del desarrollo concebido por etapas está más cerca de los planteamientos de la II Internacional que del libro de Walter Rostow, publicado en 1960. Además, fue también la justificación ideológica que adoptaron los partidos comunistas latinoamericanos en el periodo 1935-1948 (hasta la guerra fría), cuando se embarcaron en alianzas con las burguesías para promover el desarrollo “nacional”.

Por otra parte, vale la pena mencionar que la cuestión feudal o, dicho de otro modo, la discusión de ese problema por los marxistas latinoamericanos tiene más que ver con la cuestión étnica en países como México, Ecuador, Perú o Bolivia que con la concepción europea del asunto. La dificultad para incluir la presencia de relaciones sociales

⁹ En este sentido, en el libro de Osorio, entre los citados, se privilegia la contribución del sociólogo ecuatoriano Agustín Cueva, quien fuera un marxista ortodoxo hasta el fin de su vida, pero que no por ello sintetiza dicha tendencia en el continente.

precapitalistas dentro de los esquemas de análisis marxistas dio lugar a caricaturas como la de André Gunder Frank¹⁰ o a intentos esquemáticos como los que hizo Julio Antonio Mella en su polémica con Haya de la Torre, en los años veinte, durante los que Augusto César Sandino, prócer de la revolución nicaragüense, aparecía encabezando una revuelta proletaria y no como el líder de un movimiento de pequeños propietarios contra la dominación latifundista en dicho país.¹¹ El libro de Marcelo Carmagnani sobre la formación de un sistema feudal en América Latina, publicado en 1978, contribuye también a aclarar este problema.¹²

LA CARACTERIZACIÓN DE LOS REGÍMENES MILITARES DE LOS SETENTA¹³ Y EL ANÁLISIS DE SU CRISIS EN LOS OCHENTA

Consumados los golpes militares de 1964, 1972, 1973 y 1976 en Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, respectivamente, y exiliada gran parte de la comunidad intelectual de dichos países, empiezan a producirse una serie de textos que buscan caracterizar los regímenes dictatoriales. Primero, ya no se trata de vulgares cuartelazos dirigidos por oficiales con ambiciones caudillescas. Se trata de nuevos esquemas de control político que rompen con el populismo que había sido la contraparte política de la estrategia económica de la industrialización sustitutiva. Algunos traen a colación el concepto de fascismo¹⁴ y, a partir de su crítica, establecen que es difícil utilizarlo en el contexto latinoamericano. En efecto,

¹⁰ En su libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, 1965.

¹¹ Julio Antonio Mella, *Escritos revolucionarios*, México, Siglo XXI Editores, 1978.

¹² Marcelo Carmagnani, *Formación de un sistema feudal*, México, Siglo XXI Editores, 1976. También Rodolfo Stavenhagen, "Siete tesis equivocadas sobre América Latina", *Sociología y subdesarrollo*, México, Nuestro Tiempo, 1971.

¹³ Sigo aquí de cerca la síntesis elaborada por Marina Ariza Castillo, "¿Fueron fascistas los regímenes militares de América Latina?" trabajo de fin de curso, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1992.

¹⁴ La caracterización de fascistas es tomada por Agustín Cueva y Sergio de la Peña. La crítica a esa postura es asumida por Atilio Boron, "El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, abril-junio de 1977; Fernando Henrique Cardoso, "Sobre la caracterización de los regímenes autoritarios en América Latina" en David Collier (comp.), *El nuevo autoritarismo en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, e Isidoro Cheresky, "Democracia y autoritarismo en los capitalismo dependientes. Bases para un proyecto de investigación. Los casos de Argentina y Brasil", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre de 1980.

[...] el fascismo fue sólo posible en países con un notable grado de desarrollo de sus economías en los que la crisis produjo un desfase superestructural generando un quiebre de la hegemonía, cuya respuesta histórica fue el fascismo. Es un fenómeno propio por tanto, de una fase particular del desarrollo del capitalismo que coincide con la crisis de su momento imperialista, constituyendo una doble respuesta ideológica y política a una crisis de hegemonía. El fascismo se define diferenciándose del liberalismo al que pretende suplantar y lleva a cabo una profunda tarea de reconstrucción y transformación del aparato estatal transformándolo en un ente corporativo con un recurso permanente a la violencia y a la represión como mecanismos de dominación.¹⁵

De manera que, descartada la posibilidad de caracterizar como fascistas a estos regímenes militares, otros autores empiezan a hablar de autoritarismo, y en ello heredan la perspectiva que había utilizado Germani para caracterizar el peronismo.¹⁶ A la vez destacan que los regímenes militares latinoamericanos no desarrollan bases políticas ni movilizan a la población. Tampoco constituyen organizaciones corporativas. Su ideología es neoconservadora¹⁷ y busca la restauración de valores reaccionarios más que una formulación ultranacionalista de tipo racista. Otros enfoques, como el de Cheresky, desacreditan el uso del concepto de fascismo porque se refieren a una concepción determinista de la política, en la que esta última responde a la dinámica económica y no posee una lógica propia de desenvolvimiento. Según Cheresky, es necesario trascender esa interpretación reduccionista de la política y referir la discusión a las dinámicas específicas que puede tener en cada contexto nacional.

Una vez intentado ese esfuerzo y a medida que los regímenes militares empezaron a experimentar dificultades para mantener cerradas las compuertas de la participación política, es la crisis de esas dictaduras la que ocupa el escenario analítico. Aquí, destaca la ausencia de determinaciones económicas en dicha crisis. Lo que sobresale es la naturaleza específicamente política de la misma.¹⁸ La inexistencia de canales de

¹⁵ Atilo Boron, *op. cit.*

¹⁶ Véase Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

¹⁷ Véase Norbert Lechner, "El proyecto neoconservador y la democracia" en D. Camacho (comp.), *Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*, San José, Costa Rica, 1982.

¹⁸ Véase Luciano Martins, "Le régime autoritaire brésilien et la libéralisation politique", *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 65, 1982.

representación, la represión a las manifestaciones de descontento y la ausencia de efectividad de las protestas provenientes de la sociedad civil obligan a visualizar la crisis de las dictaduras de manera diferente de lo que había sido la interpretación del agotamiento de un modelo político en el pasado. En forma inédita, los sociólogos del continente privilegiaban el ámbito político como foco del análisis. La referencia a los determinismos económicos o a la fuerza de la acción colectiva de los movimientos sociales pasa a segundo plano. La crisis de las dictaduras militares es vista como una crisis de representación de intereses, incluidos los de sectores que participan del proyecto económico de las dictaduras.¹⁹ Y es así como comienzan a darse los primeros procesos de transición a la democracia, inaugurados por Brasil (1978-1979) y seguidos por Argentina (1983) y Chile (1988-1989).

El estudio de las premisas de la transición a la democracia y la descripción de los casos nacionales ocupó la atención de la sociología durante gran parte de la década de los ochenta. Desde la toma de posesión del presidente Alfonsín en Argentina en 1983 hasta la del presidente Aylwin en Chile en 1990, pasando por la elección del presidente de Brasil por la vía parlamentaria, el asunto central que preocupó a los analistas de la transición fue la cuestión de la relación cívico-militar. Se trataba de reflexionar en torno del problema de la construcción de un régimen democrático representativo sin capacidad para controlar políticamente a las fuerzas armadas. Es decir, en transiciones caracterizadas por la instalación de "candados"²⁰ las democracias que surgen son muy particulares por lo que cabe denominarlas "nuevas democracias".

Asimismo, se trataba de pensar la coexistencia de un régimen democrático en el marco de la construcción de una economía globaliza-

¹⁹ Éste fue el caso de las corporaciones multinacionales en Brasil que, en la coyuntura de las huelgas del ABC paulista en 1978-1979, presionaron al gobierno del general Figueiredo para que negociara con los huelguistas. De ahí nació la Central Unica dos Trabalhadores (CUT), que jugaría un importante papel en la transición brasileña.

²⁰ Los denominados "candados" tienen diversas expresiones: en Argentina, fue la Ley de Punto Final que puso un término forzoso a las acusaciones de violaciones a los derechos humanos durante los gobiernos militares; en Brasil, tiene que ver con el ritmo de la transición que limitó la participación directa del pueblo en el proceso electoral hasta 1985 y también con la expedición de una ley de amnistía sobre las violaciones a los derechos humanos; en Chile, se identifica con la autonomía de los militares para administrar la carrera de los oficiales sin que el presidente de la República tenga la posibilidad de intervenir, con la presencia de senadores designados por periodos más largos que los de los senadores electos y por la composición del Consejo de Seguridad Nacional, en el que las autoridades civiles están en minoría.

da que obligaba a considerar las restricciones de la inserción en el mercado internacional en la toma de decisiones políticas nacionales. Así se justifican los argumentos que usan los gobiernos de la transición contra actores sociales, como el sindicalismo, al que acusan de poner en peligro las transiciones por ejercer el derecho de petición o por utilizar el derecho de huelga. Aquí, la elaboración de conceptos como el de "concertación" ha ido lejos en proporcionar una base ideológica para el control político de la acción de los movimientos sociales.

Es en este contexto que la "nueva sociología" busca caracterizar a las "nuevas democracias".

"NUEVA SOCIOLOGÍA" Y "NUEVAS DEMOCRACIAS"

Una primera característica de la nueva sociología, cuyo objeto se relaciona con el periodo histórico que se ha abierto a partir del proceso de redemocratización inducido por el fin de las dictaduras militares, es que se trata más bien de ciencia política que de sociología, y así debe entenderse, pues los practicantes de esa supuesta nueva sociología son, en su mayoría, científicos políticos. Por ello no sorprende que si el desarrollismo y la teoría de la modernización se habían preocupado de estructura y de dinámicas sociales y económicas, en esta nueva sociología sean las cuestiones de la organización política las que tiendan a prevalecer.

En efecto, este enfoque surge a partir de los esfuerzos por pensar una estrategia política que lleve a la democratización de los regímenes militares. Dicho discurso, influido por el proceso de la transición española y poco o nada por el de otros procesos de transición como el de Portugal (1974), es un discurso del consenso y del orden social en el que la referencia implícita a la sociología política durkheimiana ocupa un lugar central.²¹

El discurso acerca de las "nuevas democracias" define un sistema político en el que más allá de las diferencias de clase, de ingreso, de color o de educación, más allá de portar o no uniforme y de saber o no someter a vejámenes al prójimo, somos todos parte de una unidad, de algo que en Chile en 1988 se denominó "la gente", en la propaganda en favor del NO en el plebiscito de ese año.

Frente al análisis de la nueva sociología, primero valdría la pena desenfaticar la centralidad de quienes han participado en su elabora-

²¹ Véase Emile Durkheim, *La science sociale et l'action*, París, Presses Universitaires de France, 1987 (con una introducción y una presentación de Jean-Claude Filloux).

ción. La bibliografía disponible acerca de los procesos de transición a la democracia, en la que ocupan un lugar Garretón, Lechner, O'Donnell, Portantiero, Schmitter, Whitehead y otros, refleja intereses diversos que frecuentemente guardan relación con los procesos específicos que analiza. Algunas experiencias como la de la transición española, ocupan un lugar central por el carácter pacífico que asumieron.

En algunos casos, como el de Lechner, la formación intelectual juega un papel en su expresión. A pesar de su larga estancia en Chile, a este autor no se le debería separar de la atmósfera política que vivió la generación de la posguerra en los países europeos, dónde la “reconciliación” ha sido un problema central entre franceses y alemanes, entre los mismos alemanes, entre franquistas y republicanos en España, o entre resistentes y colaboracionistas en Francia y en Italia. Tampoco debería separarse de la influencia de los planteamientos de Jürgen Habermas, quién ha definido una filosofía política en la que la argumentación “racional” entre los hombres es capaz de generar un entendimiento basado en la razón, y así eliminar la fuente de conflictos y antagonismos. Así la idea de la “reconciliación” y del “entendimiento racional”, se convierten en la base de la prognosis de ideólogos como Lechner respecto de la transición hacia la democracia en el contexto latinoamericano, dejando fuera la consideración de las especificidades que gobiernan la conducta política en dicho continente, cuyo mejor exponente fue José Medina Echavarría en *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico* (1964).²² Por lo que, en esta nueva sociología no debe subestimarse el peligro de la transposición un tanto mecánica del discurso europeo sobre la democracia a los procesos que han tenido lugar en los países latinoamericanos.²³

Por otra parte, no estoy seguro de que para la “nueva sociología” las realidades que trataron de interpretar desarrollistas y modernizadores sean tan diferentes a la que existe hoy en día. Al revés, dicha “nueva sociología” la conoce tan bien que se ve en la obligación de proyectar un diagnóstico y una práctica donde las características centrales del continente –pobreza, desigualdad, dependencia, polarización, desempleo– sean sistemáticamente evacuadas para sustentar un análisis y un proyecto político que, al estar centrados en la política, permita borrarlas. Frente a pueblos exhaustos de dominación, repre-

²² Una versión más actual del argumento de Medina puede encontrarse en Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios*, El Colegio de México, 1992.

²³ Norbert Lechner, “Los nuevos perfiles de la política”, *Nueva Sociedad*, núm. 130, Caracas, 1994.

sión y exclusión, es cómodo proponer “nuevas democracias” en las que, mediante la imagen televisiva, se proyecten carismas que van desde el Fujimori asimilable al subconsciente del migrante andino, hasta el Cardoso demócrata con tintes oligárquicos, siempre atractivos para un Brasil que incluyó la opción monárquica en su plebiscito sobre la forma de Estado que prefería, pasando por un Menem en quien muchos argentinos pueden reconocerse. Así, y contrastando fuertemente con lo que Jürgen Habermas y Alain Touraine²⁴ han argumentado acerca de lo que efectivamente es y debe ser la democracia, el discurso de nuestros nuevos demócratas se dirige a la apología de un nuevo sistema de dominación basado en la exclusión social y económica y el miedo.

En el discurso de la “nueva sociología” existen tomas de posición menos apologéticas que, reconociendo las tensiones desencadenadas por su implantación, tratan de caracterizarlas en forma más matizada para ir más allá de lo que ha sido su contenido hasta ahora. Se trata del análisis de las “nuevas democracias” en el que sobresalen los planteamientos de Francisco Weffort.²⁵

La categoría central de las “nuevas democracias” es la del consenso, que se traduce en prácticas políticas que se orientan a definir las. Weffort afirma que las “nuevas democracias” son democracias en construcción y se derivan de procesos de transición desde el autoritarismo que se caracterizan por un peso importante de las herencias de dicho régimen. Es decir, el rasgo central de este tipo de régimen es su carácter híbrido, en donde coexisten instituciones democráticas con herencias autoritarias. Las herencias se refieren a la permanencia de estructuras estatales del régimen autoritario previamente existente como pueden ser el peso determinante de las fuerzas armadas, la preeminencia del ejecutivo sobre el Parlamento, la subordinación de la sociedad civil al aparato del Estado y la relativa permanencia o “conversión” de líderes del régimen anterior.

Esto implica que dichos regímenes son institucionalmente frágiles y políticamente inestables. Frágiles, porque sus líderes políticos no necesariamente están preocupados por los procesos democráticos y solamente guardan las formas mecánicamente. Por otra parte, el proceso de construcción y la presencia de las herencias mencionadas implica

²⁴ Véase Jürgen Habermas, “¿Qué significa el socialismo hoy? La revolución restauradora y la necesidad de una revisión desde la izquierda”, *Punto de Vista*, núm. 3, 1993; también Alain Touraine, *Qu'est ce que la démocratie*, París, Éditions Fayard, 1994.

²⁵ Francisco Weffort, “Nuevas democracias. ¿Qué democracias?”, *Lua Nova*, núm. 27, 1992 (reproducido en *Sociedad*, Universidad de Buenos Aires), núm. 4, 1994.

que no se trata de una simple restauración del régimen democrático anterior. Hay cambios dentro de una regla general que es la adopción de formas democráticas de gobierno.

Ejemplo del carácter híbrido de las “nuevas democracias” es el caso de Brasil, en que sobreviven instituciones del Estado Novo como las de la Consolidación de las Leyes del Trabajo (CLT) con las disposiciones acerca del mismo asunto que quedaron plasmadas en la Constitución de 1988: esta mezcla no resuelve la tensión pero representa un avance sobre lo que se había establecido en el periodo 1930-1939. Algo similar ocurre en México, donde el estancamiento del proceso de transición a la democracia iniciado en 1988 se ve trascendido por lo ocurrido en las elecciones de 1994, que representan avances en relación con lo ocurrido anteriormente. En el caso chileno, la restauración de la democracia política en 1989 se ve acompañada de la presencia de Pinochet como comandante en jefe de las fuerzas armadas, por la de los senadores designados en el Parlamento y por otros elementos que representan la permanencia de las instituciones de la dictadura militar en el régimen “democrático”.

Otra característica de dicho régimen es la ausencia de bases sociales que sustenten el proceso de transición. Se trata fundamentalmente de procesos animados por una cúpula compuesta de miembros de organizaciones democratizantes (como fueron los “centros” de investigación y agitación política en la dictadura pinochetista), y sobre todo, de una cultura económica identificada con la implantación de un nuevo modelo de desarrollo en el que la tecnocracia juega un papel central. Las cúpulas y los tecnócratas hacen abstracción de los altos niveles de desigualdad y polarización social que ha acompañado esos procesos de transición. Las “nuevas democracias” poseen un alto grado de formalidad, y frecuentemente están vacías de contenidos como los que se asocian a la democracia participativa, a pesar de que el respeto de las formas (voto secreto, sufragio universal, elecciones regulares, competencia partidaria, derecho de asociación y responsabilidad ejecutiva) es un considerable avance respecto de lo que existía durante el régimen autoritario.

Algo que ilustra esta segunda característica es el disminuido papel que los partidos políticos juegan como elementos aglutinadores de los intereses de los diferentes grupos sociales. Contrariamente a lo que fue su característica en las democracias consolidadas, los partidos pierden capacidad de “representación” de esos intereses sociales que le daban sentido a su acción. En casos como los de Chile o Perú, donde los partidos políticos jugaron por largos años ese papel de representación, hoy día tienen muchas dificultades para poder seguir desempeñándolo. En

Perú, los resultados electorales de 1989, refrendados en 1995, al dar al traste con Izquierda Unida y con el APRA, demostraron la viabilidad de una forma específica de democracia plebiscitaria que constituye también una de las posibilidades de estas nuevas democracias.²⁶

A partir de esta caracterización genérica de las nuevas democracias, podemos interrogarnos también acerca de sus posibilidades de consolidación. En este sentido, la cuestión de los liderazgos es central. Las posibilidades de consolidación son diferentes "si los líderes son democráticamente conscientes, si son autoritarios o si los líderes aun siendo democráticos no son conscientes del papel que desempeñan en esa consolidación o si son parte de un conglomerado difuso de personas abocadas a juegos personales o sectoriales".²⁷

De esta manera, y volviendo a la historia de la formación de los regímenes democráticos y del Estado, se puede pensar que si las democracias nacen del conflicto y de la violencia, que si muchos de sus líderes nacen de las dictaduras, hasta qué punto dichos líderes están realmente trabajando en beneficio de los objetivos generales que ayuden a consolidar la democracia política como un todo.

En este sentido se plantea la cuestión de la ruptura o de la continuidad como procesos típicos de la construcción de las "nuevas democracias". Aparece como relevante afirmar que los grados de continuidad no son sólo exigencias del régimen autoritario saliente sino también propósito del grupo dirigente entrante. Es un reconocimiento, en ambos grupos, de la necesidad de acordar un nuevo consenso entre cúpulas y no necesariamente reflejo de la estructura social. En este sentido, el vértice de las cúpulas, "el presidente de la República", encarna a la nación, es el árbitro principal del interés nacional, tal como él lo entiende.

Esas características definen procesos de transición hacia una nueva forma de concebir la organización política de la democracia. De cierta manera, se vuelve atrás en la medida en que nada se puede dar por sentado: así, por ejemplo, hay que reiterar la necesidad de que el desarrollo democrático vaya asociado al desarrollo social porque es sólo de esa manera que la ciudadanía adquiere contenido real. Es decir, para que haya ciudadanía es necesario que haya personas, a pesar de que ambas categorías son distintas conceptualmente hablando. Por lo cual,

²⁶ Véase, Georges Couffignal (comp.), *Réinventer la démocratie: le défi latinoaméricain*, París, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1992 (existe traducción al español, México, Fondo de Cultura Económica, 1994).

²⁷ Weffort, *op. cit.*, p. 101.

una teoría de la democracia implica una teoría de la sociedad: ése fue, en realidad, el enfoque que desarrolló De Tocqueville al pensar la democracia en América, y es en lo que piensa Alexander cuando busca desarrollar una teoría sociológica de la democracia.²⁸

De manera que el surgimiento de las nuevas democracias se coloca en un mundo en el que el mercado se ha transformado en un mecanismo de autorregulación de la vida social, en donde han desaparecido los sentidos que en algún momento se le pudieron asignar a las acciones de los hombres. Las decisiones se toman en función de esquemas de tipo cibernético, regulatorio, y tienen un carácter contingente.

A partir de la premisa anterior, la política ya no es acción producida sino que se identifica con métodos de gestión, con la administración: como tal, la política no tiene sentido. Expresa sólo decisiones pragmáticas que “articulan redes políticas cuyo motivo de interacción es la negociación de acuerdos sobre determinadas materias”.²⁹ Además, la adopción de la lógica del mercado reformula los criterios con los cuales se desarrolla la actividad política: criterios como competitividad, flexibilidad, productividad, se transfieren al ámbito político que deviene un espacio de intercambio de favores y de bienes, asimilada la negociación política a transacciones comerciales.³⁰

A la vez, no hay linealidad, desaparece la noción de progreso, de metas que se pueden y se deben lograr: más bien, se trata de reproducir un orden social y sobre todo un determinado sistema de dominación. Según Lechner, la noción de *futuro*, que permeaba el discurso político moderno, se hace opaca y se transforma más bien en un presente sin carga estratégica.

Por otro lado, la globalización de la economía, el fin del enfrentamiento entre las grandes potencias, la liberalización del comercio y otros fenómenos debilitan las soberanías nacionales y los Estados nacionales: en estas circunstancias, la sociedad civil pierde vigencia como una fuerza de articulación, como cemento de las relaciones sociales. Las decisiones que se toman en función del requisito de la regulación (como por ejemplo las decisiones macroeconómicas) ya no conside-

²⁸ Véase *Modernización económica, democracia política y desigualdad social*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, 1992.

²⁹ Véase Guillermo O'Donnell, “Democracia delegativa”, *Novos Estudos CEBRAP*, núm. 31, octubre de 1991.

³⁰ Norbert Lechner, “Los nuevos perfiles de la política. Un bosquejo”, *Nueva Sociedad*, núm. 130, 1993; también, “La reestructuración de los mapas políticos”, manuscrito, octubre de 1994.

ran relevante lo que ocurre dentro de las fronteras nacionales, sino otros criterios relacionados con la interdependencia entre Estados o con la lucha por los mercados de capitales. En este sentido, es difícil incorporar ese tipo de decisiones a lo que se denominaba política.

Así, la política es sustituida por el mercado que define prioridades y afirma propósitos como la ganancia a corto plazo, la especulación, la manipulación de hombres y situaciones, el cálculo en las relaciones entre los hombres, así como la pérdida de sentido de los valores que pudieran articular esas relaciones. La idea posmoderna es consistente con esta visión de la política, que está asociada a planteamientos amorales. Se privatizan los criterios bajo los cuales se toman las decisiones: lo público pierde relevancia y con ello la ciudadanía. Como dice Lechner, "en la medida en que la noción de bien público se diluye, la referencia al orden colectivo deviene vacua".

Esa forma de ver la política es reforzada por el papel de los medios de comunicación de masas que redefinen el campo de la política: el "look" de un candidato es más importante que sus argumentos, sus proyectos o su filosofía general. Esto da lugar a múltiples formas de manipulación mediante el ordenamiento de las imágenes que los publicistas realizan en la pantalla de la televisión.

El impacto del proceso de construcción de las nuevas democracias sobre el significado de la política es profundo. Frente a una imagen de la política moderna, centrada en la determinación de un orden posible y deseable, capaz de darle sentido a la acción de los hombres y certidumbre frente a los problemas de la vida cotidiana, la política en las nuevas democracias adopta formas pedestres, vinculadas a la inmediatez de decisiones contingentes, y aparece desprovista de *ethos*.

Además, la desaparición de las ideologías, que constituían diagnósticos, definían objetivos y articulaban políticas, deja a los nuevos ciudadanos en el limbo, y permite la definición de lo arbitrario. Esto contribuye a explicar el distanciamiento de los ciudadanos respecto de los partidos políticos, que eran las herramientas de las ideologías. Los partidos, al no ofrecer diagnósticos ni objetivos ni políticas devienen estructuras de movilización electoral y frecuentemente pierden la identidad que podían haber defendido en alguna época.

Por su lado, la acción gubernamental, al no articularse con proyectos o futuros y al no tener que responder ante nadie por sus acciones, en forma errática presiona a las instituciones, como son los parlamentos, para que certifiquen lo que ya está decidido en otra parte. El predominio del Poder Ejecutivo y su formidable capacidad de imposición excluyen progresivamente a los ciudadanos de la participación en el proceso de toma

de decisiones.³¹ La discusión de presupuestos, de cambios legislativos, de medidas de integración a mercados (como el Mercosur o el TLC) no pasan por debates que comprometan a la ciudadanía, sino que son sometidas a su consideración cuando ya todo está acordado. Lo que ocurrió en México en el periodo 1991-1993, durante la negociación del Tratado de Libre Comercio para América del Norte, cuando el movimiento obrero sacrificó su identidad en aras de la alianza con el Estado, es un excelente ejemplo de lo dicho.

Lo anterior repercute sobre las formas de organización social y sobre el modo en que los ciudadanos conciben su convivencia. Al atomizarse los nudos de relación, al privatizarse la vida cotidiana, al generalizarse el cálculo individual frente a cualquier compromiso de índole colectivo, al perder sentido la identidad con un orden colectivo en el que la democracia pudiera asumir un significado y representar un *ethos*, se transforman radicalmente las formas de relación social. Si bien todavía existe capacidad de escándalo frente a la corrupción del aparato político, o frente a los intentos por volver al autoritarismo, es claro que eso constituye una reacción defensiva y no involucra una toma de posición que vaya más allá de una reacción ciudadana elemental.

Una última cuestión relacionada con las nuevas democracias tiene que ver con la participación de los intelectuales en su consolidación. Históricamente la relación entre la política y los intelectuales se ha encuadrado en dos posturas generales: por un lado, la posición de los liberales como Raymond Aron, las de Max Weber, George Orwell y, más contemporáneamente, de Norberto Bobbio,³² que enfrentan al Estado y al poder y realizan una crítica a la idea del compromiso; por otro lado, las posiciones de Emile Zola, Antonio Gramsci, Jean-Paul Sartre, Ernesto Sábato, quienes argumentaron en favor de la idea del compromiso con causas reformistas o revolucionarias, o con las del coronel Dreyfus, o en favor de la guerra de liberación nacional en Argelia o Cuba. La sociología de los intelectuales ha oscilado entre estos dos extremos.

En la actualidad, y sobre todo como resultado de la crítica a los procesos guerrilleros de los años sesenta³³ y frente a los desafíos de

³¹ Lo cual, funcionalmente, va asociado a un notable incremento de los recursos materiales asignados al Poder Legislativo: en la América Latina de hoy, diputados y senadores son personas que obtienen grandes prebendas entre remuneraciones, privilegios varios y estatus social.

³² Véase Norberto Bobbio, "Los intelectuales y el poder", *Nexus*, julio de 1993.

³³ El libro de Jorge G. Castañeda, *La utopía desarmada*, México, Joaquín Mortiz, 1993.

los procesos de construcción de las “nuevas democracias”, se perfilan posiciones que si bien guardan parentescos con las posiciones liberales se distancian de ellas al tratar de generar un compromiso con el ejercicio del poder pero a partir del ámbito intelectual. Una formulación pertinente de esta postura es la de intelectuales como Václav Havel, presidente de la República checa, o Fernando Henrique Cardoso, presidente de Brasil,³⁴ quienes, después de haber desarrollado una prolongada carrera académico-intelectual, decidieron entrar a la arena política y al hacerlo han buscado establecer un diálogo con aquellos que optaron por mantener su papel crítico.

El desafío de esta postura asume las limitaciones de una posición de independencia total respecto del poder político, al argumentar que es necesario tener un impacto en la política críticamente. En las palabras de Havel,

[...] los políticos, al menos los más sabios, no deben rechazar esa actividad sino deben asumirla. Yo recibiría con beneplácito que en este país se escuchara una voz fuerte y elocuente que viniera de mis colegas, una que no pudiera ser ignorada, a pesar de la radicalidad de su crítica, una voz que no sólo gruñera o se comprometiera con una reflexión esotérica sino que se transformara en un hecho político.³⁵

En este sentido, la posición de Havel busca tensar la relación entre políticos e intelectuales y no subordinar a éstos al sistema institucional.

La cuestión central está relacionada con la necesidad de asumir una actitud “adversaria” (sin que por ello sea hostil) entre el intelectual independiente y el político profesional. El trabajo del intelectual es la presentación de la verdad y, al hacerlo, debe procurar que ésta sea lo más clara y lo más interesante posible, mientras que el político trabaja con medias verdades, y sería ingenuo de su parte pretender ha-

³⁴ Cardoso, en entrevista realizada durante la campaña electoral afirmó: “Mi experiencia de campaña es la siguiente: aquí todo es simbólico. Es necesario crear un mito. Y se debe contar la misma historia repitiendo lo que es bueno y lo que es malo. Tiene que haber los dos, y va cambiando como en la estructura del mito, como Lévi-Strauss. Y hay que contar durante toda la campaña, de varias maneras, el mismo mito. En nuestro caso, es la moneda. ¿Qué es lo malo? La inflación. ¿Qué es lo bueno? La estabilización. El real es bueno, la inflación es mala. Quien está con la inflación es malo, quien está con el real es bueno. Fue solamente eso.” (ISTOÉ, núm. 1304), 28 de septiembre de 1994.

³⁵ Citado por Timothy Garton Ash, “Prague: intellectuals and politicians”, *The New York Review of Books*, 12 de enero de 1995.

blar con verdades totales. Debe haber una división del trabajo entre intelectuales independientes y políticos profesionales, así como hay una separación de poderes entre el Legislativo, el Ejecutivo y el Judicial. Esto es parte de la tensión creativa que debe existir entre el Estado y la sociedad civil.

Además, el compromiso del intelectual debe proteger a la sociedad civil de los enemigos de la libertad y contribuir a la prohibición de intentos discriminatorios o racistas.³⁶ Los intelectuales deben desempeñar un papel diferente que se refleje en el uso del lenguaje, en la responsabilidad por la validez, coherencia y verdad de lo que dicen y de lo que escriben. Deben ser la conciencia de la nación y la voz de los oprimidos. Así, el que escribe es el sacerdote, el profeta, el luchador resistente y el político sustituto.

CONCLUSIÓN

A la luz de lo planteado, queda claro que el análisis sociológico de los procesos sociales y políticos de América Latina contiene cada vez más una preocupación principalmente política en un sentido distinto del que predominó hasta los golpes de Estado de los años sesenta y setenta. Ya no se trata de una reflexión propositiva, con ingredientes ideológicos ligados a un objetivo de transformación radical de las estructuras social y política. Más bien se trata de una contribución directamente ligada al diseño de una nueva estructura de poder, en la que la relación entre el sistema político y la sociedad busquen en todo momento el consenso, la integración y el orden a cualquier costo, y descarten las divergencias, los conflictos o las posturas que no se inserten en esos propósitos. Se trata de un orden excluyente en el que las categorías sociales que no están vinculadas a esos propósitos quedan, por definición, fuera de su implantación, así como quedan fuera de los esquemas analíticos utilizados por los "nuevos sociólogos".

Así, los desempleados o los trabajadores que se desempeñan en el sector informal de la economía (los que suman la nada despreciable proporción de la mitad de la población en edad de trabajar en países como Brasil o México); los indios (que, en países como Bolivia, Ecu-

³⁶ Como podría ser la actitud del gobierno de la República Checa en relación con las posiciones asumidas por la televisión de ese país respecto de los gitanos que viven allí o la de muchos intelectuales franceses en relación con la campaña racista de LePen en las elecciones presidenciales de mayo de 1995.

dor o Guatemala, son más de 75% de la población total); los jóvenes que no se insertan en las carreras universitarias funcionales respecto del nuevo modelo, como las finanzas, la administración o la contabilidad, así como los intelectuales, científicos y profesionales de la educación superior que trabajan en cuestiones de mediano y largo plazos,³⁷ difícilmente podrán transformarse en “triunfadores” ligados al mundo del dinero, denominador común de aquellos que tienen éxito en este sistema. Lo sorprendente es que esta problemática está ausente de la nueva sociología, de tal manera que al ignorarla la destina al mundo del “fracaso”; en este esquema analítico, aquélla se transforma en irrelevante desde el punto de vista de la construcción de las “nuevas democracias”.

³⁷ Valga mencionar que el gasto nacional en investigación y desarrollo experimental en México durante 1991 fue equivalente a 0.3% del producto interno bruto. El personal total dedicado a actividades de investigación y desarrollo experimental era en 1991 de 57 000 personas en una población económicamente activa en ese mismo año de unos 30 millones de personas. Véase *Indicadores de actividades científicas y tecnológicas, 1994*, México, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), 1994.